

EL ÁRBOL DE SETH

Guillermo García¹
Facultad de Ciencias Sociales
UNLZ

Material original autorizado para su primera publicación en la revista académica Hologramática

RESUMEN

Un pasaje del *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla referido al ‘Árbol de Seth’, reelabora aspectos del simbolismo tradicional del ‘Árbol del Mundo’. El presente estudio encara, por lo tanto, su restitución significativa.

PALABRAS CLAVE

Árbol de la vida, Juan de Mandevilla, Profecía, Simbolismo del centro, Axis mundi

ABSTRACT

THE TREE OF SETH

In her book *Libro de las maravillas del mundo*, Juan de Mandevilla writes a passage which refers to the ‘Tree of Seth’. In this passage he reseals new aspects of the traditional symbolism of the ‘Tree of the World’. Therefore the current study faces its significant restitution.

KEY WORDS

Tree of life, Juan de Mandevilla, Prophecy, Symbolism of the centre, Axis mundi

¹ Profesor adjunto en las cátedras de Literatura Latinoamericana I y II de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNLZ.

Alá es la Luz de los cielos y de la tierra. Su Luz es comparable a una hornacina en la que hay un pabilo encendido. El pabilo está en un recipiente de vidrio, que es como si fuera una estrella fulgurante. Se enciende de un árbol bendito, un olivo, que no es del Oriente ni del Occidente, y cuyo aceite casi alumbra aun sin haber sido tocado por el fuego. ¡Luz sobre Luz! Alá dirige a Su Luz a quien Él quiere. Alá propone parábolas a los hombres. Alá es omnisciente.

Corán, XXIV, 35.

El elusivo caballero Juan de Mandevilla consigna en un elocuente pasaje de su *Libro de las maravillas del mundo* (2005: 31) una singular noticia referida a un árbol emplazado en “*el Mont de Manbre*” “*assaz cerca de Hebron*”, en Tierra Santa, y al que la gente del lugar denomina ‘árbol de Seth’ (1). Agrega que se trata de un “*rrobre que los moros claman ‘drip’*”; que data del tiempo de Abraham y, más aún, que ha estado allí desde el “*començamjento del mundo*”; que a su sombra sanan distintas enfermedades, como la epilepsia; que siendo perennemente verde y foliado, comenzó a secarse a partir de la crucifixión de Jesús e, incluso, que otros árboles similares principiaron conjuntamente a researse, pudrirse por dentro y vaciarse en otros lugares del mundo. Por último, agrega que, según “*dizen algunos prophetas*”, dicho árbol reverdecerá y fructificará a partir del momento en que “*vn princep senior d’Occident ganara la Tierra de Promission con la ayuda de los cristianos*” y haga cantar misa debajo de ese buen árbol. Tal milagro, además, hará que muchos moros y judíos se conviertan de inmediato a la fe cristiana.

En una nota iluminadora (2005, 172), la profesora María Mercedes Rodríguez Temperley se ocupa de las fuentes textuales del fragmento al especificar que dicho árbol es mencionado por Odorico [cap. 2]; Flavio Josefo [*Antiguedades Judías*, I, 10.4]; que “*el primer peregrino que recoge la leyenda es Arculfo en el año 670*”; incluso que “*Marco Polo lo ubica en Persia, en la región de Jurasán, donde también lo sitúa Ruy*

González del Clavijo en la Embajada a Tamerlán". Además aborda ciertos aspectos históricos: "en tiempos de Constantino, judíos, cristianos y paganos se reunían bajo el *Árbol Seco para celebrar sus oficios religiosos*"; ello determinó que el emperador mandara talarlo y construir allí una iglesia a fin de impedir la profanación del sitio. Sin embargo, "miles de personas continuaban asistiendo al lugar que pasó a convertirse en una especie de feria anual". Vale remarcar que, a pesar de su relatividad histórica, estos datos poseen gran valor a la hora de emparejar el árbol y el ámbito en que se hallaba con el establecimiento de un Centro Espiritual de datación imprecisa. Tanto es así que al menos desde finales de la antigüedad -y prolongándose hasta épocas mucho más recientes, según atestiguan Mandevilla y sus fuentes- no parecía ser exclusivamente cristiano, sino que aunaba formas tradicionales diversas y aún previas al cristianismo.

De todas maneras, resulta evidente que el punto problemático de la mención no radica propiamente en el árbol sino en el componente profético a él asociado. Así lo insinúa la investigadora cuando anota que "se desconoce puntualmente la fuente de la cual tomó Mandevilla la profecía", por lo que "se la cree de su propia invención" o, inversamente, "quizá pudo haberla recogido en el lugar". Como sea, dada la popularidad del libro tal vaticinio no debió pasar desapercibido para aquellos que, en uno u otro momento, pudieron buscar sacar rédito de él. Así, "alrededor de 1384, la profecía aparece ligada al Emperador Federico II, de quien se creía era el príncipe de Occidente que haría cantar la misa debajo del árbol legendario" (Id.).

Esperamos demostrar en lo que sigue, primero, que las genuinas profecías, en tanto y en cuanto enunciaciones fundamentadas en la doctrina tradicional de los ciclos, son tales siempre que aludan a un referente situado no sólo en el futuro sino en un futuro fuera del marco temporal de la 'historia profana' y, por ende, en modo alguno cronológicamente fechable; segundo, que Juan de Mandevilla no 'inventó' nada, sino que, antes bien, su relato se sirve, de manera por demás ortodoxa, de un conjunto de elementos de carácter estrictamente tradicional y, por ello, carente de un 'autor' en el sentido moderno del término, pues "el profeta no expresa nada suyo, sino cosas ajenas todas que le son sugeridas por otros poderes" [FILÓN: *Q. rer. d. haer.*, 517; Ed. MONDOLFO: 1983, 222].

Para comenzar, contrastemos con la expuesta la reseña que Marco Polo, el otro gran viajero medieval, hace del árbol. Cuenta el veneciano (1951, 85) que en “*la provincia de Timochín, situada hacia el norte, en las fronteras de Persia*” hay una “*extensa llanura, notable porque crece en ella un árbol llamado árbol del sol y al que los cristianos denominan árbol seco o árbol sin frutos*”, el cual es “*muy grande, con tronco grueso*” y sus hojas “*son verdes en la parte superior pero blanquecinas o azuladas en la inferior* (esto es, en su parte frontal y dorsal, respectivamente)”. Además, “*produce cápsulas o vainas como las que rodean al fruto del castaño, pero las de este árbol no contienen fruto alguno*”. En cuanto a su madera, “*es sólida y fuerte, de color amarillo que recuerda a la del boj*”. Se ha especulado que se trata del álamo; empero, a nuestros fines, importa la denominación de ‘árbol seco’, la que plenamente se condice con lo expuesto por Mandevilla, y, más aún, la de ‘árbol del sol’, designación esta acaso más enigmática pero que, según se verá, no lo será tanto una vez que se la ligue a la figuración del ‘Árbol del Mundo’. (2)

Como sea, la densidad simbólica contenida en el breve pasaje del *Libro de las maravillas* parece indudable y, por ende, merecedora de una ‘restitución’ significativa. A propósito, notemos en primer lugar que, desde el punto de vista de una simbólica del espacio, las características de este árbol lo vincularían al extendido simbolismo del ‘Eje de los Mundos’, en tanto marca figurada del punto central del estado de manifestación del ser en el que se halla (3). En segundo término, dicha figuración también se liga claramente a un cierto desarrollo temporal: es ‘árbol de vida’ desde el origen del mundo hasta el evento de la crucifixión, ‘árbol de muerte’ desde dicho acontecimiento hasta el presente y, nuevamente, ‘árbol de vida’ a partir de un futuro no determinado, una vez que alguna clase de ‘reestablecimiento’ haya tenido lugar.

En verdad, todo ‘Árbol del Mundo’ constituye en primera instancia, y en tanto que ‘Eje’, un símbolo de innegable carácter polar. Por poner un ejemplo, en la cita coránica que abre este trabajo se habla de “*un árbol bendito, un olivo, que no es del Oriente ni del Occidente*”, vale decir, de evidente situación polar, y ello porque el polo representa, para el mundo terrestre, el lugar central en torno al cual giran todas las cosas. Por ser símbolo del polo, entonces, el Árbol del Mundo debe luego vincularse al sol, en tanto es alrededor del eje polar que el sol realiza sus *circunambulations* periódicas. De ahí que en las tradiciones más diversas el árbol sagrado sea, a la vez que columna del mundo, un

‘árbol de luz’, y nuevamente será de provecho a este respecto retornar a la cita del comienzo. Otras tradiciones, como la china, la védica o la celta, suelen figurar al sol a manera de ‘fruto del árbol del mundo’, de cuyas ramas parte y a cuya copa vuelve a posarse una vez completado su ciclo (4).

Sin ir más lejos, en otro lugar del texto de Mandevilla (140-141) se pueden hallar referencias al carácter luminoso y solar de otra clase de árbol venerado. Se trata de una curiosa especie de “*arboletes chicos*” que crece en las tierras del Preste Juan, en una gran llanura arenosa situada más allá de un río que nace en el Paraíso Terrenal y arrastra piedras preciosas. “*Todos los días al sol sallient comjençan a crecer (...) et crecen ata medio dia et trahen fructo*”; sin embargo nadie osa tomar esos frutos “*car es cosa fadada*”. Lo notable radica en que, justo después del mediodía, “*eillos descrecen et entran en tierra asi que al sol en tierra eillos no parescen mas (...)*”.

Vale la pena notar la semejanza de las fases de este árbol con las de Sir Gawain, uno de los principales caballeros de la mesa redonda y héroe, también, de características netamente solares, a quien le aumentaban las fuerzas hasta el mediodía y le menguaban a partir de ese punto. O con las transformaciones (aumento de estatura, ‘rotación’ dentro de la propia piel, ‘irradiación’ de gotas de sangre en el extremo de cada cabello, etc.) de su homólogo CuChulainn, el ‘Hércules irlandés’, operadas en el decurso de sus combates. En cuanto a la naturaleza denegada de los frutos de este tipo de plantas, es aquí coincidente con las tradiciones más diversas.

Ahora bien, las distintas calificaciones aplicadas al árbol de Seth en particular constituyen datos imposibles de obviar. Así, Juan de Mandevilla informa que se trata de un roble, árbol que por su inmenso tamaño y longevidad fue desde épocas remotas venerado entre las distintas estirpes indoeuropeas (5). Sin embargo, seguidamente agrega que los moros lo llaman ‘*drip*’, palabra por demás extraña que pareciera ser una corrupción del griego $\rho\omicron\upsilon\delta\omicron\upsilon\varsigma$, con sentido de ‘bosque’ o ‘selva’, con lo cual la referencia no sería a un árbol en particular sino a una generalidad de especies. Aunque quizá más acertado sería vincular el término a $\rho\omicron\upsilon\delta\omicron$, ‘árbol’, si bien que principalmente referido a ‘encina’ o ‘roble’, de donde $\rho\omicron\upsilon\delta\omicron\upsilon\varsigma$ ‘de madera de encina’ y $\rho\omicron\upsilon\delta\omicron\upsilon\varsigma$, ‘encinar’ y, en general, ‘bosque’. La aparente confusión entre ambas especies se explica porque tanto el roble como la encina pertenecen al mismo

género, cuya denominación latina (*Quercus*) vale indistintamente para designar ‘encina’ (*quercus ilex*) o ‘roble’ (*quercus robur*). La perennidad de la encina, la majestuosidad del roble, la longevidad de ambos unida a la dureza de sus maderas y el hecho de ser imputrescibles, hacen de estos árboles vehículos óptimos en lo que atañe a simbolizar el fundamento y la estabilidad propios de la ‘columna de los mundos’. Por lo demás, de la raíz indoeuropea para ‘árbol’, **dór-u*, deriva la idea de ‘dureza’ (así el latín *durus*) y, por ende, de permanencia, fijeza o soporte. (6)

Aclarado esto y retomando nuestro texto, es la denominación ‘árbol de Seth’ sin embargo la que abre mayores posibilidades interpretativas. Bien parece que, por este medio, se alude claramente aquí al tercer hijo de Adán en tanto ‘prefiguración’ de Jesús; aunque también a la casta sacerdotal en su conjunto y a su función, esto es, la transmisión de una influencia espiritual (y, por lo tanto, un conocimiento iniciático a ella contiguo) a través del tiempo (7). La ligazón de esa línea de transmisión sagrada con el Árbol del Mundo no necesita de mayor explicación. Efectivamente, mantener ‘abierta’ y ‘fluida’ la conexión con los estados superiores del ser ha sido desde siempre la función privativa de toda autoridad espiritual y el árbol, precisamente en tanto que *axis mundi*, constituye, según se ha dicho, ese enlace entre los diferentes estados de la existencia. (8)

En otro orden de cosas, no hay que perder de vista que Seth, y sobre todo su descendiente Enós, a quien, incluso, le fue permitido ‘reingresar’ al Paraíso Terrenal, representan una suerte de ‘rectificación’ en cuanto a las desviaciones que supusieron la primera Caída, acontecida durante la generación de Adán, y, sobre todo, la segunda, simbolizada a través del fratricidio de Caín. De ahí que el nombre de Seth se vincule etimológicamente a las ideas de estabilidad y fundamento, inmediatas a toda autoridad espiritual, y sus descendientes, los setitas, expresaran el paradigma de la piedad. De ahí que, asimismo, la rectificación operada por la acción de Seth y sus sucesores - concretamente manifestada mediante la continuidad de una línea de transmisión (y no otro es el sentido de la palabra ‘tradicición’) de una influencia espiritual que, generación tras generación, llega hasta Jesús- se haya visto abruptamente interrumpida por el acontecimiento de la crucifixión. Se comprende pues por qué el árbol de Seth, símbolo de esa transmisión, se seca una vez que la herencia se corta.

El ‘árbol seco’, entonces, simboliza la entrada del mundo en un período desprovisto de sacralidad y en el cual todos los nexos entre el cielo y la tierra tienden a interrumpirse progresivamente (9). En otros términos, se encuentra aquí una clara alusión a la pérdida del ‘sentido de la eternidad’; sentido, por lo demás, relacionado con el simbolismo vegetal del árbol, puntualmente, de su savia, aquello que justamente le da vida e impide que se seque, representación del ‘licor de inmortalidad’.

Las anteriores circunstancias permiten considerar la figura del árbol en su relación con la ‘historia sagrada’ y, en consecuencia, a manera de símbolo de la manifestación cíclica. En otros términos: al conjugárselo con el sol y los períodos que sus revoluciones marcan en torno a su eje. En el caso puntual que nos ocupa, pues, no es de extrañar que el árbol cósmico se seque, vale decir, pierda su potencia vegetativa, una vez que el Cristo-Sol ‘se eclipse’ u ‘oculte’ temporalmente del mundo manifestado. A través del ‘estado’ del árbol se estaría así señalando la caducidad inherente al tramo final de un ciclo de humanidad determinado. (10)

Los desarrollos previos hallarían un sentido conexo si se piensa que en la base de la noticia consignada por Mandevilla late un arcaico mito de muerte y resurrección asociado al árbol sagrado, mito del cual, quizá -y esto no es algo extraño a la mentalidad medieval-, nuestro escritor pudo haber sido nada más que un mero transmisor sin llegar a comprender del todo sus alcances. Por lo demás, y aunque a primera vista parezcan distantes, historias de divinidades indubitablemente solares asociadas a cualquier clase de árbol -tal como sucede con Osiris y el tamarindo, Adonis y el tallo de la mirra o Dríope con el tronco del roble, por poner tres conocidos casos- poseen un fondo común con la cuestión que nos ocupa (11). El lapso que media entre el nacimiento del sol de las entrañas del árbol al alba y su posterior reintegración al mismo al ocaso podrá ser, en consecuencia, lícitamente asimilado a las fases de génesis, desarrollo y clausura de un ciclo de existencia determinado.

Se trata el árbol de Seth, entonces, de un ejemplo inequívoco -y no demasiado común en la literatura tradicional, por cierto- del árbol sagrado considerado en su aspecto de ‘árbol de la muerte’. El siguiente fragmento no deja dudas en cuanto al sentido de esta perspectiva: “*Pues tan pronto como cae la noche* (es decir, cuando a causa de la marcha descendente del ciclo se pierde el ‘sentido de eternidad’ y, con ello, se entra en el

dominio de la multiplicidad) *el Árbol de la Muerte domina el mundo* (entiéndase, ‘los mundos’ manifestados) y *el Árbol de la Vida asciende a la altura de las alturas* (es decir, al dominio de la no-manifestación). *Y puesto que sólo el Árbol de la Muerte tiene el gobierno del mundo, todas las gentes tienen en él un pregusto de la muerte... Cuando viene la aurora* (o sea, la aurora de un nuevo ciclo, una vez producida la ‘restauración’ del estado primordial), *parte el Árbol de la Muerte y las gentes vuelven a la vida de nuevo por razón del Árbol de la Vida. Esto acontece de acuerdo con lo que está escrito, ‘para ver si hay algún hombre de comprensión que busque a Dios’* (lo que equivale a sostener que durante la noche del mundo todos son presa de la ignorancia [= muertos = dormidos = extraviados] y, en cambio, solo quienes han accedido al estado primordial, comprenden)” [Zohar (Bemidbar), cit. por COOMARASWAMY (2007)]. Si bien el texto de Mandevilla no habla de dos árboles que, alternativamente, se suceden, postula un mismo árbol que, sucesivamente, reverdece, se seca y torna a reverdecer. Como sea, el carácter cíclico del evento parece ser el mismo. **(12)**

En lo que toca puntualmente al cristianismo, también el Árbol de la Vida deviene árbol de muerte siempre y cuando nos atengamos a la tradición medieval según la cual la cruz (otra representación, por lo demás, del eje de los mundos) donde fue sacrificado Jesús se habría construido con la madera de aquel árbol del Paraíso. Incluso, se decía, la propia cruz había sido enclavada en el lugar mismo de la tumba de Adán. De ahí que en ciertas representaciones se coloque justo en su base una calavera que no es otra que la del ‘primer hombre’ e, incluso, que se haya denominado *Gulgutha* al lugar de la crucifixión -*Gólgota* para los griegos y para los latinos *Calvario*-, esto es, ‘Monte del cráneo’ o ‘Monte de la calavera’. También por este lado, pues, la cadena que une a Adán (y, por ende, a Seth) con Jesús queda netamente patentizada.

Si es que este ‘árbol de Seth’ remite a un simbolismo de restauración del mundo al final de un ciclo o, mejor decir, en el pasaje de un ciclo que se clausura a otro que se inicia, debiera comprenderse que el enigmático ‘Señor Príncipe de Occidente’ que habrá de reconquistar ‘Tierra Santa’ y oficiar misa bajo el árbol reparado, no puede ser ningún personaje sencillamente ‘histórico’. En todo caso, parecería más bien obrar a modo de ‘imagen’ o ‘personificación’, en el marco de la ‘Segunda Venida’, del último ‘descenso’ del principio divino al mundo manifestado (en sánscrito, *avatar*); ese que en el simbolismo apocalíptico adquiere los atributos solares de un guerrero montado en un

caballo blanco, llamado ‘Fiel y Verdadero’, el cual “*juzga y hace las guerras justas*” y quien habrá de enfrentar al Anticristo en las postrimerías [*Apocalipsis*, 19, 11 y ss.].

(13)

Siguiendo con el simbolismo desplegado en el *Libro de las Revelaciones*, es de notar asimismo que, una vez efectuada la restauración del mundo y recuperado el estado primordial, en el centro de la planta cuadrangular de la Jerusalén Celeste (que simboliza, a la vez, la consumación de un ciclo de existencia), el Árbol Sagrado ha vuelto a su condición original: “*En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos* (las doce estaciones del sol - en correspondencia con los doce signos zodiacales- en el decurso de un Gran Año y que la tradición clásica representó en cada una las manzanas doradas que crecían en el árbol del jardín de las Hespérides, en el extremo Occidente), *dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones*” [*Apocalipsis*, 22, 2]. **(14)**

A modo de cierre, vale la pena insinuar de pasada que el simbolismo de muerte y resurrección contenido en la figuración del árbol de Seth no parece ser del todo ajeno al tópico de la ‘Tierra Yerma’, familiar a la imaginación medieval y, más estrictamente, al ciclo artúrico, donde emerge como rigurosamente enlazado a elementos provenientes de las tradiciones judeocristiana y céltica (tradiciones que, por otro lado, quizá no sean en su origen tan distantes como a primera vista pudiera llegar a sospecharse). En ambos casos se trata de mitos de la creación, donde al sacrificio de la deidad (el Rey Tullido o Cristo) le sigue la consecuente re-integración (la repoblación de la Ciudad Yerma o el reverdecimiento del árbol) en el pasaje de un ciclo a otro.

Tanto el relato del leño reverdecido en otro lugar aludido [Cf. *Infra*, nota 12] como el del árbol de Seth remiten, pues, a un primordial simbolismo cosmológico (y ontológico) de la madera como *materia prima* (□□□, ‘bosque’, ‘árbol’, ‘madera’ y, con sentido metafísico, *substantia, natura naturans*) del mundo: “*¿Cuál era la madera y cuál era el árbol del que ellos hicieron el Cielo y la Tierra?*” [*Rg Veda Samhita* X.31.7]; “*Brahma era la madera, Brahma era el Árbol*” [*Taittiriya Brahmana* II.8.9.6]. De allí que Jesús haya sido un carpintero y, más aún, el ‘Hijo del Carpintero’ por antonomasia. **(15)**

Notas

(1) “El Libro de las maravillas del mundo, escrito originariamente en anglonormando alrededor de 1356 por un enigmático Sir John Mandeville o Juan de Mandevilla, narra un viaje a Tierra Santa, pasando por Egipto, Armenia, las tierras del Gran Khan, India, Cathay, y los dominios del mítico Preste Juan. (...) La copiosa utilización de fuentes previas por parte de Juan de Mandevilla hizo que una puntualización casi constante de la crítica literaria acerca del texto recayera en su carácter de viaje no real o de simple centón. (...) Sin embargo, el texto (...) concita un interés especial, ya que su autor, a pesar de haber trabajado con materiales textuales previos, logra una asombrosa originalidad (...)” [RODRÍGUEZ TÉMPERLEY: 2005, XIX-XX].

(2) De ser el árbol de Seth de Mandevilla el mismo ‘árbol seco’ que menciona Marco Polo, según la interpretación más extendida, el álamo, no se puede obviar entonces su carácter solar. Recuérdese que según el mito griego, los álamos (y, más precisamente, los álamos blancos) son las helíades, las hijas de Helio, el sol, metamorfoseadas por los dioses en esos árboles a orillas del río Erídano, donde no cesaban de llorar la muerte de su hermano Faetón. El costado resplandeciente y solar de estos árboles se refuerza por la presencia del ámbar producto de sus lágrimas. El simbolismo asociado a esta resina incorruptible (□□□□□□□□, ‘oro verde’ = ‘ámbar’; □□□□□□□□, ‘radiante’ y, sustantivado, ‘el sol’), inseparable de la luz y del ‘extremo norte’, no puede disimular su procedencia polar. Además, “los álamos negros estaban consagrados a Hécate, pero los blancos eran promesa de resurrección” [GRAVES: 2001, I, 208].

(3) Por cierto, no se le escapa a Rodríguez Témpereley esta posibilidad: “En términos simbólicos, el árbol, con sus raíces hundidas en la tierra y sus ramas elevándose al cielo, es símbolo de unión entre dos mundos, entre el espacio real y el ámbito mítico, así como también eje del mundo alrededor del cual se agrupa el cosmos” (Ibid.). Sin pretender corregir a la autora, apenas precisaremos que si bien, en efecto, el sentido simbólico del árbol es el de significar el ‘eje de los mundos’, lo que une no son ‘dos espacios’ o ‘ámbitos’, ni mucho menos ‘reales’ o ‘míticos’, sino la multiplicidad indefinida de los estados de la existencia universal; a saber, los distintos

dominios de la manifestación (a uno de cuales pertenece la humanidad terrena), sean formales o informales, y aquellos otros de no-manifestación. De esta manera, las raíces, dado su ‘invisibilidad’ por su ubicación bajo la tierra, corresponden al No-Ser o, lo que es igual, la posibilidad universal infinita; el tronco, por su parte, representa el Ser o el principio de la existencia; las ramas, por último, el despliegue de los mundos manifestados. De ahí que, además, el Árbol del Mundo se figure muchas veces como invertido, siempre que se adopte el punto de vista de la no manifestación. O de manera recta, si se adopta el punto de vista de la manifestación. Para este complicado asunto Cf., a modo de ejemplo, *Purgatorio XXII*: “(...) un árbol, que encontramos en medio del camino, cargado de manzanas olorosas: y así como el abeto, elevándose hacia el cielo, va disminuyendo de rama en rama, aquel iba disminuyendo por su parte inferior (...)”. Para una concreta identificación Árbol = Mundos: “*El fresno es el más alto de los árboles y es el mejor. Sus ramas cubren el mundo entero y se dilatan sobre el cielo*” [*Edda Menor* I, 15]. Se trata, claro está, del fresno Yggdrasill, regado por las Nornas y a cuyo destino va unido el del cosmos.

(4) Fruto que, en las tradiciones occidentales se representa como una manzana de oro: las mismas que custodiaban las Hespérides y robó Hércules, otro héroe solar; las mismas que provocaron que Atalanta fuera vencida por Hipomenes o, en otras versiones del mito, por Melanión (= □□□□□ = manzano). El carácter ígneo del Árbol del Mundo queda netamente expuesto en la figura de la ‘Zarza Ardiente’ que, “*en cuanto lugar y soporte de manifestación de la Divinidad, debe concebirse también como situada en posición central*” [GUÉNON: 1988, 284]. Además, y respecto al árbol de la cita coránica con que principiamos este estudio, René Guénon añade que “*si el árbol está representado aquí como un olivo, ello se debe al poder iluminador del aceite que de él se extrae, y por lo tanto a la naturaleza ígnea y luminosa que está en él; se trata, pues, también en este caso, del ‘Árbol de Luz’*” [Id.]. Por lo demás, “*de modo general, el ‘Eje del Mundo’ se considera, más o menos explícitamente, como luminoso*”, siendo el diamante el material a través del cual se lo suele representar [Id., 287]; esto último, agreguemos, se aprecia en las diferentes representaciones axiales encaradas en los tramos finales de *La navegación de San Brandán*. A fin de estimar los rasgos de centralidad y luminosidad del árbol sagrado conjugados en el contexto de una obra que la mayoría no dudaría en considerar como meramente ‘literaria’, Cf. *Amadís de Gaula* I, 24: “*llegaron a una encruzijada de caminos donde avía un árbol grande, y vieron*

debaxo dél un cavallero muerto en un lecho asaz rico, y a los pies tenía un cirio ardiendo, y otro a la cabecera, y eran por guisa fechos que ningún viento por grande que fuesse no los podía matar". El árbol bajo el cual yace el caballero muerto refuerza su carácter central por enraizarse en una encrucijada de caminos, y su irradiación se expresa a través de esos dos cirios inapagables. Se trata también aquí, claro está, de una figuración del Árbol del Mundo en su doble aspecto de 'eje central y luminoso'. Por 'conectar' diferentes estados de la existencia, tampoco es extraño que en los cuentos maravillosos determinados árboles obren de pasaje hacia el 'otro mundo': "*En la orilla sur crece un enorme naranjo. Los lugareños lo llaman 'el naranjo sagrado', así que no tiene pérdida. Quitaos esta cinta al llegar, atadla al árbol y dad tres golpes en el tronco. Alguien vendrá. Id tras él*". ["Nupcias mágicas en el fondo del lago de las Largas Grutas", cuento chino de Li Chaowei, perteneciente a la Dinastía Tang, 618-907; Cf. GARCÍA-NOBLEJAS SÁNCHEZ-CENDAL: 2003, 155 y ss.], en este caso el árbol obra de puente entre el dominio humano y el reino de los dragones, situado en el fondo del lago del título. Los modelos occidentales son también abundantísimos. El tópico del 'tronco hueco' en vinculación con potencias 'feéricas' lo hallamos, verbigracia, en "El encendedor de yesca", recopilado por Hans Christian Andersen. Los casos podrían multiplicarse indefinidamente. Para finalizar: en ciertas versiones 'primitivas' del popular cuento "La Cenicienta" -otro mito solar- la protagonista obtiene el vestido (de luz) y los zapatos de un árbol que crece sobre la tumba de su verdadera madre. En otros casos el árbol se caracteriza como una palmera mágica que cumple los deseos del personaje. ¿Pero puede alguien hoy en día comprender cuál es el significado auténtico de los 'cuentos infantiles'?

(5) A su sombra, por ejemplo, se efectuaban los juramentos más sagrados; la tala de un roble venerable era castigada con la muerte y se elegía construir los templos en sitios adyacentes a robledales. En la antigüedad clásica, puntualmente, había sido consagrado a Zéus, existiendo, inclusive, una estrecho lazo entre el roble y el rayo, atributo principal de ese dios. Todo ello apuntaría a establecer una profunda -y necesaria- relación entre el árbol sagrado, el rayo, la luz, el 'eje de los mundos' y, por ende, la divinidad en sus aspectos manifestados. Desde esta perspectiva, la denominación 'amigos del rayo', aplicada en la antigüedad a ciertas especies de árboles consagrados, no debiera entenderse a partir de eventos meramente físicos, y ello tanto más cuanto que el rayo (griego ῥαγία = sánscrito *vajra*) ha sido desde siempre otra figuración

del *axis mundi*. Así, verbigracia, la aparentemente inescrutable sentencia de Heráclito “*Todas las cosas las gobierna el rayo*” [22 B 64] debiera interpretarse - ontológicamente- a manera de ‘todas las cosas (= entes = manifestaciones del Ser) presentes en un estado determinado de existencia, se hallan dispuestas en torno al centro-eje de dicho estado, al cual están subordinadas y del cual dependen.

(6) Tales semejanzas pueden rastrearse, en alemán, entre las palabras *Baum*, ‘árbol’, y *bauen*, ‘construir’, *Bauer*, ‘constructor’ y *Bau*, ‘obra’, ‘estructura’. Incluso, esa noción de ‘dureza’ y ‘durabilidad’ ligada a la luz y, por ende, la visión y el conocimiento, se encuentra en la palabra ‘druida’, de la misma raíz dru- (en gaélico *daur*, ‘roble’ o ‘encina’) y vid-, ‘sabiduría’. Para el vínculo intelecto - árbol sagrado Cf. *Proverbios* III, 18: “*Es un árbol de vida para quien sabe conquistarla*” [con referencia a la sabiduría]. Además: “*Y Abram vino a establecerse con sus tiendas de campaña junto al Árbol de Mambré, cerca de Hebrón. Allí edificó un altar a Yavé*” [Génesis XIII, 18]; la versión de Casiodoro de Reina especifica que se trata de una encina. ¿Será este el mismo árbol de Seth del texto de Mandevilla? Por lo menos la coincidencia geográfica permite sospecharlo. Luego, en *Génesis* XVIII, 1, dicha encina obra de ‘soporte’ para una teofanía de Yavé.

(7) Según una tradición judía, luego de la Caída, Dios otorgó a Adán y Eva ropas para que se vistieran. El vestido de Adán era una túnica de sumo sacerdote que, a su muerte, legó a su hijo Set. Este la traspasó a Matusalén quien se la transfirió a Noé. Noé se la confió a Sem y él a Abraham. De este último pasa a Isaac, luego a Jacob y por último a Rubén, su primogénito. El legado continuó durante generaciones hasta que Moisés se lo quitó a la casa de Rubén y se lo confirió al levita Aarón [Cfr. GRAVES – PATAI: 1994, 71, quienes se basan en el *Tanhuma Buber Gen.* 133, un midrás sobre el *Pentateuco* que se remonta al S. IV d. de C y en *Numeri Rabba* 4. 8, un midrás sobre *Números* recopilado en el S. XII]. Los mismos autores, en otro lugar [1994, 88], agregan que “*la Ascensión de Isaías del siglo I d. de C. coloca a Set en el cielo; y una tradición hebrea posterior lo hace el Mesías*”. Por lo demás, la línea que une a Seth con Jesús se encuentra perfectamente desarrollada, por ejemplo, al inicio del tercer Evangelio [Cf. *Lucas* III, 23 y ss.]. Y el propio Mandevilla la subraya apenas antes del fragmento analizado: “*Ailli comando l’angel a Adam que eill cohabitasse con su muger et eill lo fezo et engendro Seth, del quoad tribu Nuestro Seynnor nascio.*” [p. 30].

(8) De ahí, por lo demás, el título de ‘Pontífice’ atribuido a la cabeza de la iglesia entre los cristianos. La palabra latina *pontifex*, ‘constructor de puentes’, se refiere en el vocabulario eclesiástico a quien tiende una vía entre el cielo y la tierra. La asociación del sacerdocio a cualquier figuración del ‘Árbol del Mundo’ debe ser, pues, obligada, y máxime si se piensa que dicho árbol conlleva en sí mismo los atributos de centralidad y primordialidad inseparables a toda ortodoxia tradicional.

(9) No es ajena a este hecho la intuición de Plutarco acerca de la ‘Cesación de los oráculos’. Tampoco ciertos mitos de la antigüedad tardía como el referido a la muerte del Gran Dios Pan.

(10) En términos bíblicos, el segmento final de la generación de Babel: “*En verdad les digo: No pasará esta generación sin que sucedan todas estas cosas*” [Mateo XXIV, 34 y de manera casi idéntica en Marcos II, 30]; para cuya explicación, Cf.: “*Y dijo Dios, Hágase la luz, y se hizo la luz*’ [Gen. I: 3]. *Esta es la luz primordial que hizo Dios. Es la luz del ojo. Es la luz que Dios le mostró a Adán y, por medio de ella, él pudo ver el mundo de un extremo al otro* (aquí ‘ver’ en un sentido temporal, no espacial; se trata de la ‘visión profética’ por la que Adán pre-ve la totalidad del ciclo presente). (...) *Previendo el advenimiento de tres generaciones pecadoras, la generación de Enos, la generación del Diluvio y la generación de la Torre de Babel, Dios los alejó del goce de la luz (...)*” [Zohar I. 31b]. No son estas sino formas análogas al ‘Mito de las Edades’ de la tradición clásica [Cf. *Trabajos y días*, 180 y ss.]. La pérdida de la luz figura en estos casos el progresivo ‘descenso’ cíclico. He aquí los sentidos puramente negativos o maléficos del simbolismo de la noche o el invierno: “*Vendrá aquel invierno que se llama el Terrible Invierno. Nevará desde todos los rumbos. Grande será la escarcha y fuertes los vientos, no habrá virtud alguna en el sol. Tres inviernos se sucederán y no habrá estío entre ellos. Antes habrá otros tres inviernos y en toda la tierra habrá grandes batallas*” [Edda Menor I, 51]. También: “*Porque, después de esos días de angustia, el sol se oscurecerá, la luna perderá su brillo, caerán las estrellas del cielo y el universo entero se conmoverá*” [Mateo XXIV, 29]; “*Haré que todos los astros del cielo se vistan de luto por ti y llenaré de tinieblas tu país*” [Ezequiel XXXII, 8]; “*Tocó el cuarto ángel y quedó afectada la tercera parte del sol, de la luna y de las estrellas: perdieron un tercio de su claridad y lo mismo la noche*” [Apocalipsis 8, 12]; “*la noche*

va muy avanzada y está cerca el día. Dejemos, pues, las obras propias de la oscuridad y tomemos las armas de la luz” [Romanos XIII, 12], donde aparece más que evidente la conexión noche-luz con el pasaje de un ciclo de humanidad a otro.

(11) En lo que respecta al dios egipcio Osiris, Cf. Plutarco, *Isis y Osiris* 15, donde se narra que el cofre conteniendo el cuerpo de Osiris, víctima de la venganza de su hermano Tifón, habiendo sido arrojado al mar recaló en las costas de Biblos, donde “*las olas lo habían depositado con suavidad al pie de un tamarindo. Este tamarindo, habiéndose activado en gran medida su desarrollo, encerró al cofre creciendo a su alrededor y lo escondió en el interior de su propio tronco. El rey del país, asombrado ante el extraordinario desarrollo del arbusto, dio orden de cortar el tronco que contenía el féretro oculto y hacer con él una columna que sostuviese el techo de su palacio*”. [PLUTARCO: 1986, 19]. Resulta acá indudable el lazo entre el Árbol de Vida como eje de los mundos y el simbolismo arquitectónico del poste central (skamba, □□□□□□□). Lo anterior puede equipararse a: “*El rey Volsung hizo edificar una noble sala con tal sabiduría, que un gran roble se alzaba dentro, y los miembros del árbol florecían por encima del techo de la sala, mientras que debajo estaba el tronco de ella, y a dicho árbol los hombres llaman Branstock*” [Völsunga Saga, cap. 2, citado por COOMARASWAMY: 2007, n. 2]. Obsérvese la composición del nombre del árbol, en alemán *Brand*, ‘fuego’, y *Stock*, ‘bastón’ (= poste, estaca y, de nuevo, □□□□□□□), pero también ‘mata’, de donde Coomaswamy interpreta: Branstock = Zarza Ardiente, lo que no vendría sino a reforzar las consideraciones vertidas en la nota 4. Respecto a Dríope, éste “*era hijo de Apolo y de Día, una hija del rey Licaón, por temor al cual ella ocultó al niño en un roble hueco, de ahí su nombre*” [GRAVES: 2001, II, 265]; se percibe acá también la ligazón del roble sagrado (Dríope) con el principio solar (Apolo), la luz (Día) y los lobos (Licaón = □□□□□). Similarmente, Adonis, producto del incesto entre Cíniras, rey de Fenicia, y su hija Esmirna, nace del interior de un tronco de mirra en que aquella había sido transformada y que su padre - abuelo corta con una espada.

(12) Si el ‘estado actual’ del árbol de Seth es el de un ‘árbol de muerte’, el propio texto de Mandevilla hace referencia a un curioso caso que constituiría una suerte de inversión de dicho motivo. Se trata del ‘ejemplo del tizón reverdecido’: “*En aqueilla cibdat (se trata de Tiberíades) getaron un tizon [...] contra Nuestro Seynnor et aqueill*

tizon ferio en tierra et rreuerdio, et deueno vn Grant Arbor que encora cresce, et es la corteça toda negra” [p. 58]. En otros términos, si el árbol de Seth era vivo y se secó una vez desaparecido Jesús, este tizón, esto es, un trozo de madera ‘muerta’, cae en la tierra, reverdece y se convierte en un gran árbol ‘vivo’, al sólo contacto con el ‘principio divino’ hecho hombre. Otro tanto podría advertirse en cuanto al episodio denominado ‘Ensayo de la Vera Cruz’ (siendo ella otra forma del árbol de muerte y resurrección): al descubrir Santa Helena “*la verdadera cruz*” debajo de una roca, cerca del monte Calvario, hizo llevar allí “*.iij. cruces es assaber la de Nuestro Seynnor et las de los dos ladrones*”, y a fin de comprobar cual de ellas era la Santa Cruz, “*las fezo Santa Helena ensayar sobre un cuerpo muerto qui luego se rressucito quoando la verdadera cruz fue puesta sobre eill*” [p. 36]. Muestra indudable de ‘árbol de muerte’ puede considerarse la mención de aquellos “*árboles qui (...) trahen veneno*”, que crecen en la isla de Talamassy (¿Borneo?) y con cuyos frutos los judíos intentaron “*emponzoñar toda christianda*” [Id. pp. 98-99].

(13) “*Yo nazco edad tras edad, para el establecimiento de la justicia*” [Bhagavad Gita IV, 7, 8].

(14) Curiosamente, la versión católica traduce “*a ambos lados del río, están los árboles de la Vida*”, lo que a todas luces resulta improcedente, dado el carácter central y, por ende, unitario de dicho árbol. Además de la inconsistencia respecto al Árbol de la Vida del Paraíso, al comienzo del ciclo, en tanto y en cuanto ambos son uno y el mismo. En lo que concretamente atañe al ‘árbol seco’ y su relación con el devenir cíclico, confrontar con las siguientes menciones evangélicas: “*Aprendan este ejemplo de la higuera: Cuando están tiernas sus ramas y le salen hojas, ustedes entiendan que se acerca el verano* (la consumación de los tiempos = el fin del ciclo)” [Mateo XXIV, 32]; “*Un hombre (= el Padre) tenía una higuera (= el mundo manifestado) que crecía en medio de su viña (= el dominio de la no manifestación = el Reino de los Cielos). Fue a buscar higos pero no halló. Dijo entonces al viñador (= el Principio Divino descendido al mundo manifestado = el Hijo): ‘mira, hace tres años* (las tres generaciones posteriores a la Caída: la de Enos, la de Noé y la de Babel o las tres ‘edades míticas’ posteriores a la de Oro, según la tradición clásica) *que vengo a buscar higos a esta higuera, pero nunca encuentro nada. Córtala, pues no sirve más que para agotar la tierra’. Pero él contestó: ‘Patrón, déjala un año más* (o sea, hasta completar la cuarta

edad y, con ella, la consumación del ciclo), *así tendré tiempo para cavarle alrededor y echarle abono. Puede ser que así dé frutos en adelante, si no, la cortarás*” [Lucas XIII, 6]; pero con sentido negativo Cf. *Marcos XI, 12* y *Mateo XXI, 18*, donde la maldición de Jesús hacia una higuera que no daba frutos la seca instantáneamente. Al respecto: “*El fruto del justo es un árbol de vida, pero los malvados serán arrancados antes de tiempo*” [Proverbios XI, 30]. Para la utilización por parte de la metafísica extremo oriental de la figura del ‘árbol de los mundos’, Cf.: “*Hui tzu le dijo a Chuang: ‘Tengo un árbol grande, de los que llaman árboles apestosos. El tronco está tan retorcido, tan lleno de nudos, que nadie podría obtener una tabla derecha de su madera. Las ramas están tan retorcidas que no se pueden cortar en forma alguna que tenga sentido. Ahí está junto al camino. Ni un solo carpintero se dignaría siquiera mirarlo. Iguales son tus enseñanzas, grandes e inútiles’. Chuang Tzu replicó: ‘(...) ¿Inútil? Entonces plántalo en las tierras áridas. En solitario (en el dominio de la no manifestación, del No Ser, del Tao). Pasea apaciblemente por debajo, descansa bajo su sombra (es decir, entrégate a la no-acción entendida como ‘acción no-actuante’ = wu-wei); ningún hacha ni decreto preparan su fin (dada la eternidad del Tao, esto es, la raíz del árbol cósmico). Nadie lo cortará jamás. ¿Inútil? ¡Eres tú el que debería preocuparse!’*” [Chuang Tzu I, Ed. MERTON].

(15) Para las citas de las fuentes indias, Cf. COOMARASWAMY: 2007, nota 66. Además, adviértase que el Príncipe de Occidente que en las postrimerías haya de dar misa bajo el árbol reverdecido, cumple la función análoga al médico en el ‘ritual del Grial’, esto es, “*quienquiera que cura al Rey Tullido (es decir, a la deidad inmanente y dividida, que no puede reintegrarse a sí mismo, Taittiriya Samhita V.5.21, al Progenitor repartido en sus hijos, Maitri Upanishad II.6, etc.)*” [Id., nota 38].

BIBLIOGRAFÍA

COOMARASWAMY, Ananda (2007): “El árbol invertido”, en *El Cuerpo Sembrado de Ojos*. Madrid, Sanz y Torres.

_____ (2007): “Sir Gawain y el Caballero Verde: Indra y Namuci”, en *El Beso del Sol*. Madrid, Ignitus Ediciones & Sanz y Torres.

GARCÍA-NOBLEJAS SÁNCHEZ-CENDAL, Gabriel [Trad.] (2003): *El letrado sin cargo y el baúl de bambú. Antología de relatos chinos de las dinastías Tang y Song (618-1279)*. Madrid, Alianza.

GRAVES, Robert (2001): *Los mitos griegos*. Madrid, Alianza, 2 Vol.

GRAVES, Robert y PATAI, Rafael (1994): *Los mitos hebreos*. Madrid, Alianza.

GUÉNON, René (1988): “El árbol del mundo”, en *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Bs. As., Eudeba.

_____ : “El árbol y el vajra”, Ed. cit.

_____ : “El ‘Árbol de Vida’ y el licor de inmortalidad”, Ed. cit.

HESÍODO (2000): *Obras y fragmentos*. Introducción general de Aurelio Pérez Jiménez. Traducción y notas de A. P. J. y Alfonso Martínez Díez. Madrid, Gredos.

LA BIBLIA (1995). San Pablo (Madrid) y Editorial Verbo Divino (Navarra) [Coeditores].

LA SANTA BIBLIA (1975). *Antiguo y Nuevo Testamento*. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569). Revisada por Cipriano de Valera (1602). Otras revisiones: 1862, 1909 y 1960. Sociedad Bíblica Argentina.

LERATE, Luis [Editor] (2000): *Edda Mayor*. Madrid, Alianza.

MANDEVILLA, Juan de (2005): *Libro de las maravillas del mundo (Ms. Esc. M – III – 7)*. Edición crítica, estudio preliminar y notas de María Mercedes Rodríguez Témperey. Bs. As., SECRET – INCIPIT.

MERTON, Thomas (1999): *El camino de Chuang Tzú*. Buenos Aires, Lumen.

MONDOLFO, Rodolfo (1983): *El pensamiento antiguo*. Bs. As., Losada.

PLUTARCO (1986): *Isis y Osiris*. Traducción y notas de Alberto Vázquez-Prego. Buenos Aires, Lidium.

POLO, Marco (1951): *Los viajes de Marco Polo*. Luis Fabricant (Trad.). Bs. As., Peuser.

RODRÍGUEZ TÉMPERLEY, María Mercedes (2005): “Estudio Preliminar” al *Libro de las maravillas del mundo (Ms. Esc. M – III – 7)*. Bs. As., SECRET – INCIPIT.

RÓDRIGUEZ DE MONTALVO, Garci (1991): *Amadís de Gaula*. Edición, introducción y notas de Victoria Cirlot y José Enrique Ruiz Doménech. Barcelona, Planeta.

STURLUSON, Snorri (1984): *La alucinación de Gylfi*. Prólogo y traducción de Jorge Luis Borges y María Kodama. Bs. As., Alianza.